

Esta fue la necesidad que impulsó a los promotores del grupo operativo Innoland, la cooperativa Sant Vicent Ferrer de la localidad de Benaguasil (Valencia), junto con la Fundación Cajamar y la Universitat Politècnica de València: garantizarse la producción dando un paso al frente, gestionando directamente las tierras que antes les daban la fruta y que ahora se abandonan por falta de rentabilidad, de relevo generacional, por especulación urbanística o por cambios socioeconómicos.

Y de esa necesidad surgió la innovación social: un contrato de cesión de tierras por el que la cooperativa se hace cargo de ellas, invierte en su recuperación sin coste alguno para el propietario y le convierte en su socio al 50 por ciento de los beneficios cuando se recupere la inversión inicial.

“Es la cooperativa quien lidera porque tiene el conocimiento, asume el riesgo económico y decide qué variedades se plantan en función de la demanda”, comenta Miguel Ángel Martín, gerente de la cooperativa Sant Vicent Ferrer.

Cada tierra abandonada supone menos producción, trabajo, riqueza y vida en el pueblo; es una piedra más en la mochila de la despoblación. “El abandono invita al abandono”, comenta Martín: “hasta un 30 por ciento de tierras han sido abandonadas en el término municipal desde hace unos años”.

“De esta forma mantenemos el arraigo con las tierras de los padres, que no pierden valor

Sucede a menudo que el agricultor, socio de la cooperativa, no continúa por edad y sus herederos no quieren ser agricultores. Con esta fórmula se convierten en agricultores de segunda actividad, sin riesgos y sin necesidad de dedicarle tiempo. Son tierras menores de una hectárea que en muchos casos llevan años sin innovar y sin atender adecuadamente.

“De esta forma –prosigue el gerente– mantenemos el arraigo con las tierras de los padres, que no pierden valor, se produce una actividad agrícola que genera riqueza, cubrimos las necesidades de la cooperativa y alejamos el fantasma del abandono rural”. Es una rueda, una cosa lleva a la otra y hace que la economía siga girando: “será nuestra forma de funcionar para el resto de nuestra vida, no es proyecto de un día”.

Cuando la cooperativa Sant Vicent Ferrer se puso en contacto con Cajamar y explicó sus necesidades se dieron cuenta de que debían contar con la universidad para elaborar una metodología que permitiera dos cosas: saber en qué situación estaba la cooperativa y marcarse unos objetivos; y definir un contrato de cesión o alquiler que permitiese recuperar tierras para la causa. La cuestión no era sencilla porque “no disponemos de un marco legal que facilite la cesión y reagrupación de tierras”, comenta Martín.

La primera parte del trabajo consistió en hacer un análisis de la cooperativa y del mercado



Texto: Ismael Muñoz / Fotografías: Grupo Operativo Innoland

Grupo operativo Innoland: gestión de tierras, recuperadores de ilusión

El trabajo del grupo operativo Innoland es conseguir tierras productivas, abandonadas o a punto de serlo, para ponerlas a producir y recuperar el paisaje agrícola, natural y humano que se marcha cada día sin hacer ruido, pero dejando un hueco. Después viene la inversión para recuperar los cultivos y producir los kilos de fruta que se necesitan para mantener la actividad económica, que tradicionalmente ha sido la principal fuente de riqueza.



INNOVACIÓN

Personas participantes en el grupo operativo Innoland delante de la cooperativa que lo impulsa y en una de sus reuniones; e imágenes de las tierras en las que actúan en Benaguasil (Valencia).



donde opera; de los productos de los que dispone en los campos, y los que puede demandar el mercado; del dinero también disponible y del que necesitará para invertir en la adquisición de tierras y en su puesta en producción; de la búsqueda de personal; y de cómo poner en marcha el proyecto. “La Universidad y Cajamar lo que hacen es acompañar técnicamente a la cooperativa”, señala Lorena Tudela, del Centro de Experiencias de Cajamar.

OTRAS COMARCAS

El grupo operativo, con nuevos actores a nivel nacional y regional, ha presentado su proyecto a la segunda convocatoria del MAPA para continuar con el trabajo realizado hasta ahora y desarrollarlo en otras comarcas.

El proyecto busca principalmente tres objetivos: consolidar lo realizado hasta el momento en Benaguasil, comprobar que funciona y que es viable; compartir la información con territorios y explotaciones que están haciendo algo similar (“la metodología permite adaptarse a las

circunstancias socioeconómicas de otras regiones y buscar complementariedades y cooperación con otras cooperativas, con una visión a más largo plazo”, afirma Tudela); y buscar rentabilidad. “Este proyecto tiene sentido si es rentable para los participantes y se puede extender a otras comarcas”, añade la representante de Cajamar.

A la espera de volver a la carga, los promotores del grupo han logrado recuperar 60 hectáreas de las 200 que necesitan. “No fue un proceso fácil, fueron reuniones semanales con todos los actores sociales del pueblo, desde los propietarios de las tierras, que miraban con recelo la propuesta, a los trabajadores de la cooperativa. Pero ahora los dueños de esas 60 hectáreas y los trabajadores contratados para ponerlas en marcha son los principales embajadores del proyecto”, concluye Tudela.

“El viento de ilusión” que recorre Benaguasil por empezar de nuevo, al ver cómo se recupera el paisaje del pueblo, la actividad agrícola y la propia cooperativa, lo resume orgulloso Luis Domínguez, propietario de terrenos cedidos: “mis tierras van para adelante”. ■